

SOMOS
las nietas
de las BRUJAS
que no pudisteis
QUEMAR



tres voltes rebel

AME SOLER



SOMOS
las nietas
de las BRUJAS
que no pudisteis
QUEMAR

El manifiesto feminista autobiográfico de Tres Voltes Rebel, una de las jóvenes promesas la ilustración en nuestro país, que nos empodera y recuerda que nada podrá con nosotras.

«Nunca he encajado en los esquemas que la sociedad ha construido para ser una chica perfecta. Desde pequeña me despeinaba de manera asombrosamente fácil. Recuerdo un día que había jugado, corrido, saltado... Y un profesor me dijo: Péinate, pareces una bruja. Estos años me prepararon para la adolescencia más insegura y dependiente que puedas imaginar. Un sufrimiento que parecía no terminar. Hasta que descubrí el feminismo y pude dar nombre y forma a todo aquello que me oprimió. Hasta que me uní a un grupo de luchadoras que volamos a contracorriente».

Sincero, poético y desgarrador, un relato en el que Tres Voltes Rebel nos da su propia visión del feminismo.


Ame Soler

**Somos las nietas de las brujas
que no pudisteis quemar**



Título original: *Somos las nietas de las brujas que no pudisteis quemar*
Ame Soler, 2019

Revisión: 1.0

 01/10/2019

A mi familia, por estar en las cimas y en los valles,
a Josep, por su apoyo incondicional,
a Larissa y a Naza, por haberme ayudado a crecer,
a Pablo García y a Ainhoa (Rebelarte),
por su maravillosa fotografía,
a Julia, Tatiana, Sahila, Laia, Ariadna, Elisabet, Paula,
Deidre, Alba, Queralt, Sofia, Carol y a Gabi, por hacer
suya mi historia. A Mississippi, por sus palabras.
A Olga y a Isabel, por ser faros.





Bellicabó

Así me llamó cariñosamente mi familia cuando
nacé. Más de cuatro kilos de bebé gordito.

Cómo iba a saber que años después
esto mismo
me jodería tanto.







En realidad, muchos bebés nacen gordos;
era grande, pero no muy distinta del resto.

Nunca perdí mi barriguita de niña pequeña,
pero la verdad es que esto me daba igual.

A mí solo me preocupaba pintar, que era lo
que más me gustaba (y me gusta) en el mundo.

“ya has
comido
bastante”



Bueno, pintar... **y comer.**

Me encantaba (y me encanta) comer.
Algunos días incluso «se me olvidaba»
que había merendado ya y merendaba
dos veces. O tres.

Mis lorzas nunca fueron un problema.
Hasta que me hicieron ver que estaban
ahí y que no debían gustarme.

Físicamente no encajaba en el esquema que la sociedad ha construido para ser una chica **perfecta**.

Y en cuanto a personalidad... tampoco.

«Pareces un chico», me decían, como si mis gustos, mis gestos o mi manera de relacionarme determinasen mi género, menuda gilipollez, ¿no?



Pero esos comentarios
me iban haciendo creer
que no era como debía ser.

"Cállate"
"No digas eso"
"Estás molestando"

Hablaba mucho y muy alto.
Y claro, esto también era un problema.

Crecí
pensando
que hablar
era sinónimo
de molestar

-MISSISSIPPI-

Me despeinaba con una facilidad increíble.
Recuerdo un día, a última hora de la tarde,
que había jugado, corrido, saltado...
Y un profesor me dijo:

«Péinate, pareces una bruja».

Se rio toda la clase
y yo me limité
a agachar la cabeza,
avergonzada.





"Peínate,
pareces una
BRUJA"

Se acercaba la adolescencia y su implícita preocupación por mi apariencia física.

Empecé a darme cuenta de que mi cuerpo era muy distinto del de los maniqués.

No encajaba.

Mi cuerpo no era válido.

O eso creía yo.



Ojalá hubiese sabido que
mi cuerpo era tan válido
como el que más



Vergüenza.

Sentía vergüenza de ir a la playa en bikini,
calculaba mi postura al milímetro para que no
se me notasen los kilos que consideraba de más.

No estaba disfrutando,
y mi cabeza no paraba
de repetirme:

«¿Qué estarán pensando de mí?».

"¿Qué estarán
pensando de
mí?"



Tenía **celulitis**.

Me preguntaba constantemente
si aquello algún día acabaría desapareciendo.

Los culos de las revistas eran lisos,
redondos y perfectos,
totalmente distintos del mío.



La celulitis
es un rasgo
tuyo más,
como la forma
de tus labios
o el color
de tus ojos

Crecía y quería imitar todos los rituales
de belleza que veía a mi alrededor.

Ojalá hubiese sabido que depilarme
era una opción ti no una obligación.

Que mi pelo es tan natural como las
amapolas, pero entendí que no debía
dejar crecer las flores en mi campo
porque era **mujer**.



Ojalá
hubiese
sabido que
depilarme
era solo una
opción

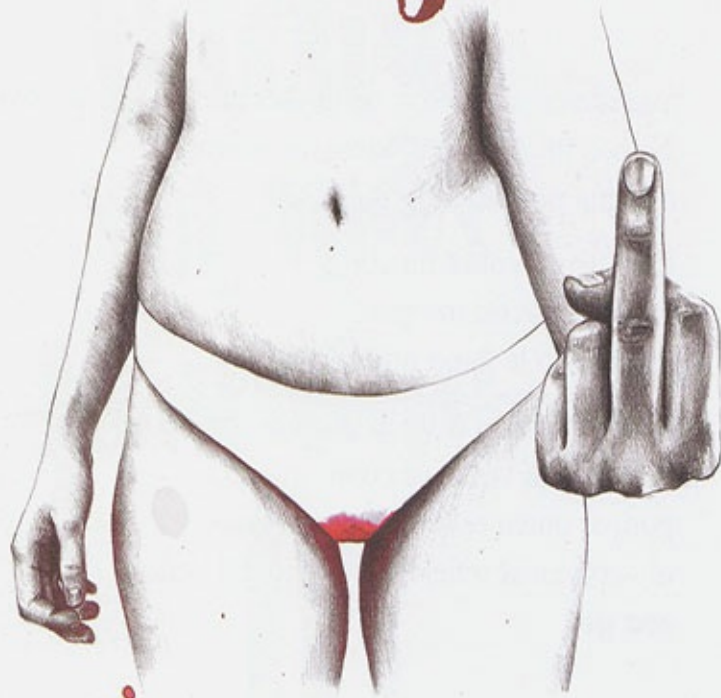
¿Cuántas veces me sorprendí
a mí misma justificándome por
tener pelos largos al ir a depilarme?

No era consciente en aquel momento
de lo que eso significaba,
era puro rechazo a mi propio cuerpo
en su estado más natural.

Interioricé de tal manera
los cánones estéticos
que mi naturaleza
me parecía
fea
y sucia.



La regla



no está

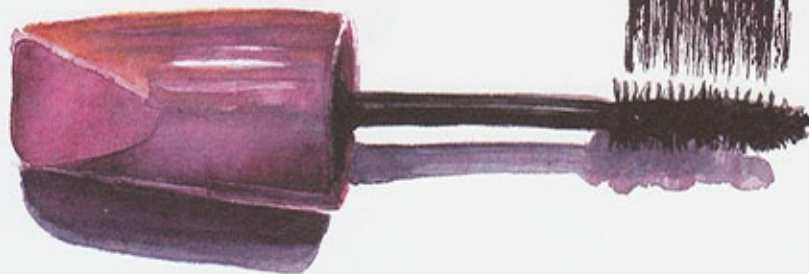
Sudaderas, vaqueros, camisetas anchas y deportivas.
Nunca fui de faldas, lazos, ni volantes,
aunque podría haber sido así.

Que vestía como un chico,
que cuidase mi imagen,
que así no le iba a gustar a nadie...

Soporté estos y mil comentarios por el estilo.
Pero decidí vestirme como quería,
porque quien se tenía que gustar
al verse en el reflejo del espejo del baño
era yo.

Deberías
ser más
femenina
TÚ

No
sabía que
solo debía
maquillarme
si quería
y para mí



«Maquíllate un poco que pareces enferma».

«Alegra esa cara».

¿Sabes por qué me decían esto?

Porque como **mujer** se me exige que esté radiante, sin ojeras, con rubor en las mejillas... No vaya a ser que se notase que la noche anterior casi no había dormido porque había estado estudiando, que ese día no me apetecía sonreír porque no estaba contenta o que me había salido un grano en la cara digno de asignarle un nombre.

Pero yo me lo creía y solo contemplaba la opción de tapar mi cara, la de verdad de ese día.

Me gustaba comer, pero cuando lo hacía en público, lo pasaba cada vez peor.

Pensaba que al comer cosas que no fuesen «de dieta» delante de otra gente estaba dándole la razón a aquellos que me miraban por encima del hombro por estar **gorda**.

Me avergonzaba que se notase que disfrutaba al comer.

Me avergonzaba
de mí misma,
una vez más
por el qué dirán

Llegó un día en que decidí dejar de estar gorda,
y no fue por cuestión de salud.

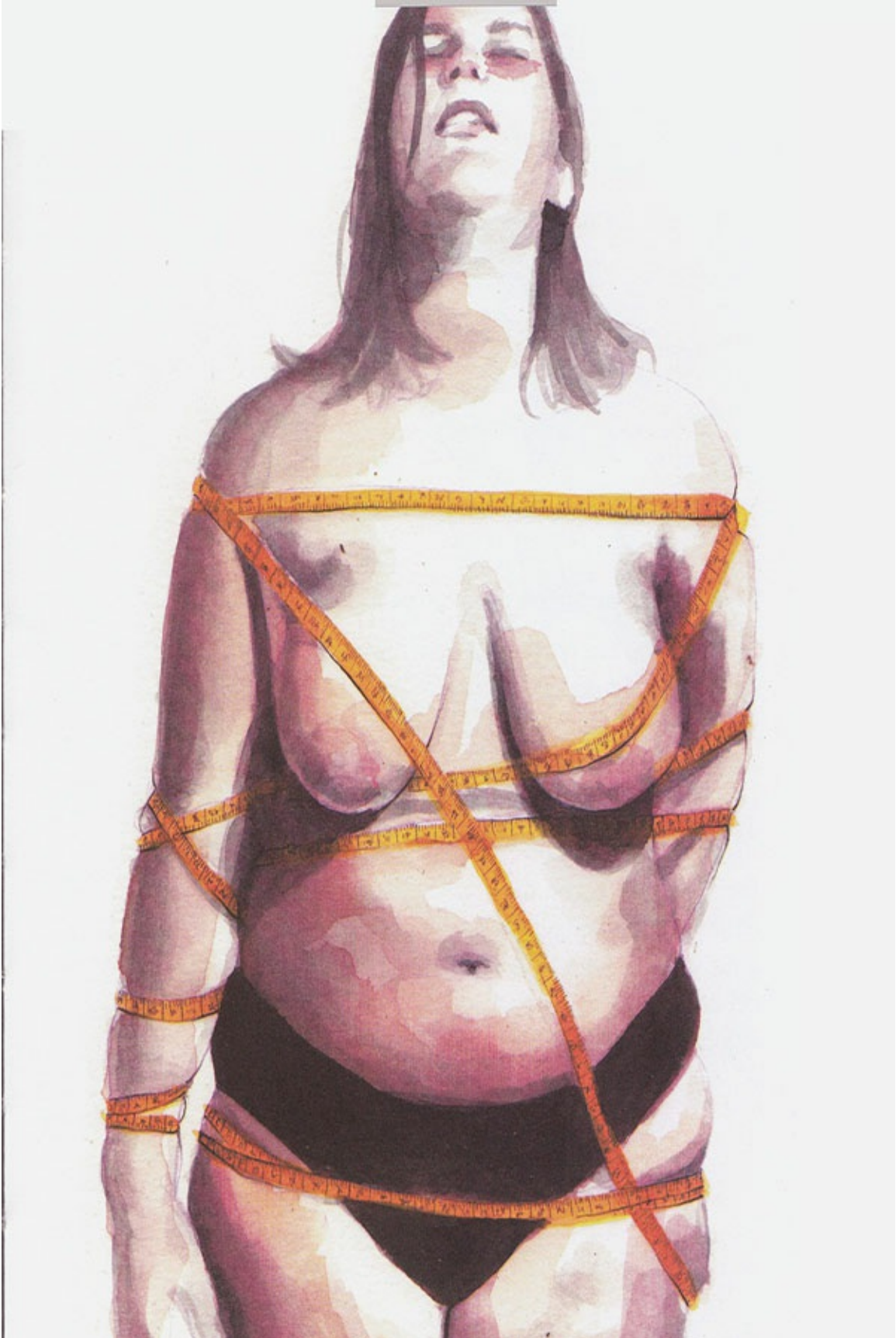
Había desarrollado tal odio hacia mis loras
que no las sentía parte de mí, sobraban en mi vida.
Así que me propuse hacer una dieta milagro.
Y ahí sí, ahí sí que me jugué la vida. Perdí mucho
peso, pero también la energía, mucho pelo,
la sonrisa y las ganas de hacer cualquier cosa.
Me habían vendido la idea de que ese era
el precio de la felicidad.

No fue así.

Por un tiempo tuve un cuerpo normativo,
pero **no** fui feliz.



Pensé que tomaría
el control de mi cuerpo,
pero ese control
me tomó a mí



Nunca sentí mi cuerpo como propio.

La sensación era parecida a la de vivir de alquiler. Sentía que el cuerpo que habitaba en ese momento no era el definitivo y que vivía allí de manera transitoria hasta que comprase la casa de mis sueños: un cuerpo normativo.

Este pensamiento no me dejaba disfrutar de mi hogar, el de ahora, el que me cobija y me guarda. La que, independientemente del color que pinte la fachada, seguirá siendo **mi casa**.

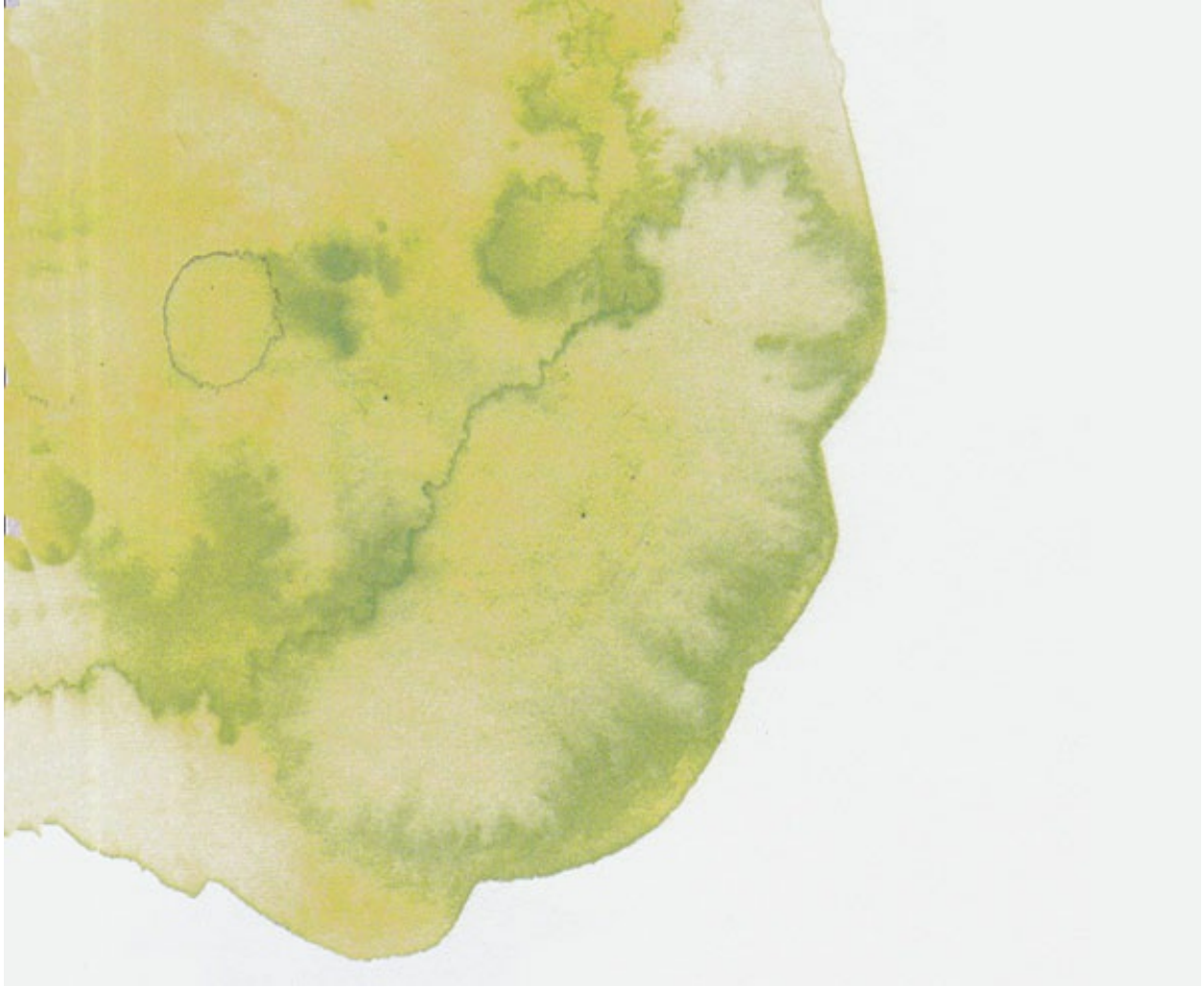




Allí donde veraneaba,
en aquel paraíso de playa,
pasé gran parte de los mejores momentos de mi vida.
Y entre aquellos amigos con los que podía pasar horas
riendo del mismo chiste,
lo conocí a **él**







Me gustaba mucho,
pero pensé que él nunca se fijaría en mí.

Siempre había sido invisible para los chicos,
y las inseguridades que había cultivado
durante toda mi vida se encargaban
de recordármelo.

Perio me haltós



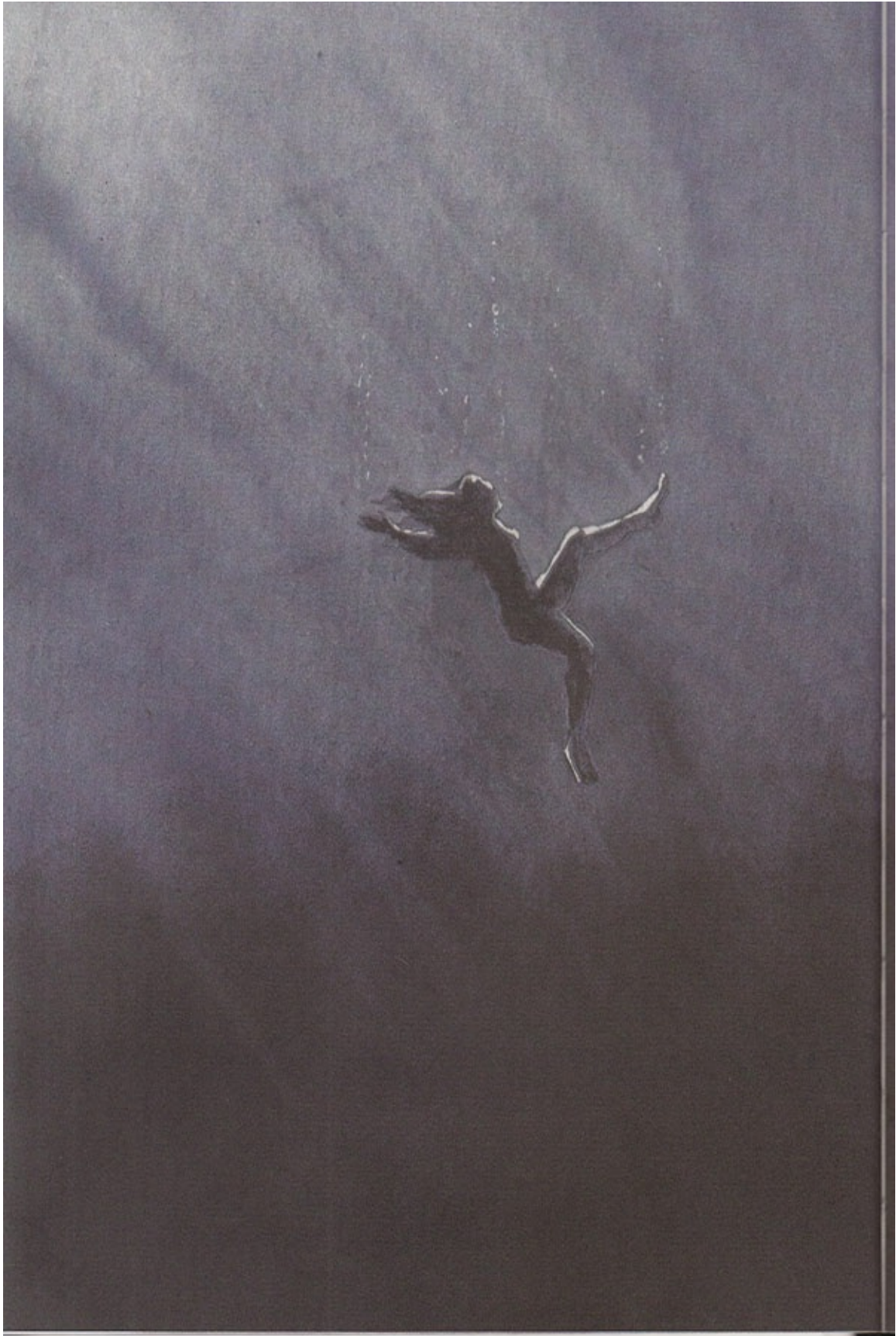
Ese romanticismo
fue el que casi
acabé conmigo



No dormía por las noches
recordando
lo que me había dicho
durante el día.

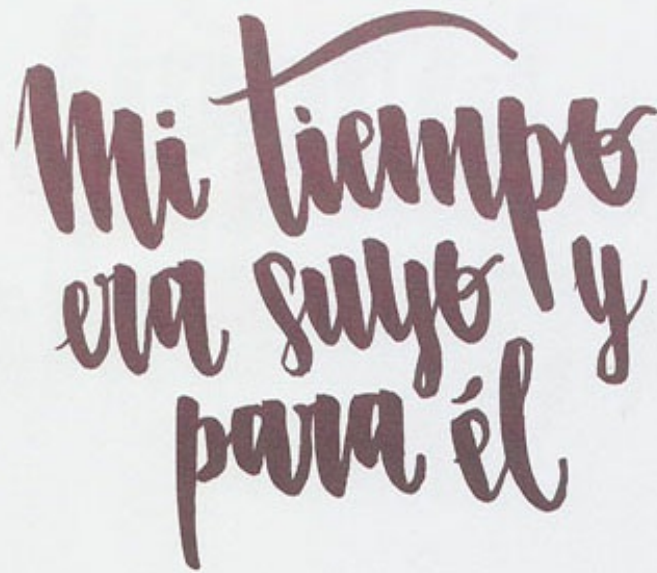
No quería saber nada de
nadie que no fuera él.

Y a nada importaba,
porque **yo**
le importaba a **él**.









Mi tiempo
era suyo y
para él

Cada vez que pasaba algo en mi día,
por insignificante que fuera, solo pensaba
en el momento en que podría contárselo.

Dejé aquello que me apasionaba:
la guitarra, los lápices con los que siempre
había dibujado, los ratos con mis amigas...

Todo eso me hacía **perder** tiempo
que podía pasar a su lado.



les respondí a mi familia y a mis amigos cuando me intentaron decir que algo no iba bien.

Sus palabras se me clavaron como un puñal de hielo en el estómago. ¿Cómo se atrevían a dudar de la persona que más me quería? El que más se preocupaba por mí, el chico que a todas horas quería saber dónde estaba y qué hacía, para asegurarse de que estaba bien.





Tenia miedo
de decepcionarlos





Me habló de sexo.
Si me sentía insegura de mí misma...
aquí todo fue a peor. Tenía miedo de decepcionarlo.
Le di largas hasta el día en que empezó a hablarme
de experiencias con su ex.

Me dijo que él me quería ti lo daba todo por mí,
ti era el momento de devolverle algo de ese amor.
Y lo hice, pero no fue amor lo que le di.
Porque todo aquello que se hace forzado
no es amor. Fue miedo.
El miedo a la soledad como consecuencia
de no cumplir sus deseos

Construí un
fuerte alrededor
de nosotros dos



Soledad **invisible**.

Soledad de la que no se ve a primera vista.

Me hablaba mal de mi familia y mis amigos,
me decía una y mil veces las cosas que hacían
en mi contra. Y yo construí un fuerte alrededor
de nosotros dos para protegernos de todo
el mal que quería corromper nuestra idílica
historia de amor.



Dejé de escuchar
a la gente que siempre
había estado a mi lado

Y me **alejé**.

Me alejé dejando una estela de enfrentamientos
con las personas que se preocupaban por mí,
por quienes de verdad veían
que aquel chico
me estaba desgastando,
como se desgastan
las gomas de borrar.
Me arrastraba por el cuaderno
hacia donde
él quería,
haciéndome
cada vez
más
pequeña.

"Has engordado un poco"
"Solo te maquillas cuando sales
con otra gente"
"Esos pantalones antes te
quedaban mejor"

Mi físico volvía a ser un **arma**
que me apuntaba,
y esta vez la empuñaba
él.



Recuerdo un día en que intenté volver
a dibujar lo que sentía.

No pude.

No me salía nada de **dentro**.



Había perdido la magia,
había roto mi varita



No somos conscientes de lo peligrosa
que es esta frase.

Bueno, al menos yo no lo era cuando él me la susurraba
al oído y se me erizaba el pelo. Estas palabras son
un látigo que sale de la boca del que las pronuncia
y envuelve las dos rodillas de quien las escucha
hasta caer al suelo.

Lo que parecía la declaración de amor más sincera
realmente me daba a entender que después de él
no había nada ni nadie.

Porque no era normal que alguien me quisiera tanto,
y yo aún debía estarle agradecida.

Ojalá no me hubiera querido tanto
y me hubiese querido mejor.

Nunca
NADIE
te querrá
como YO
te quiero



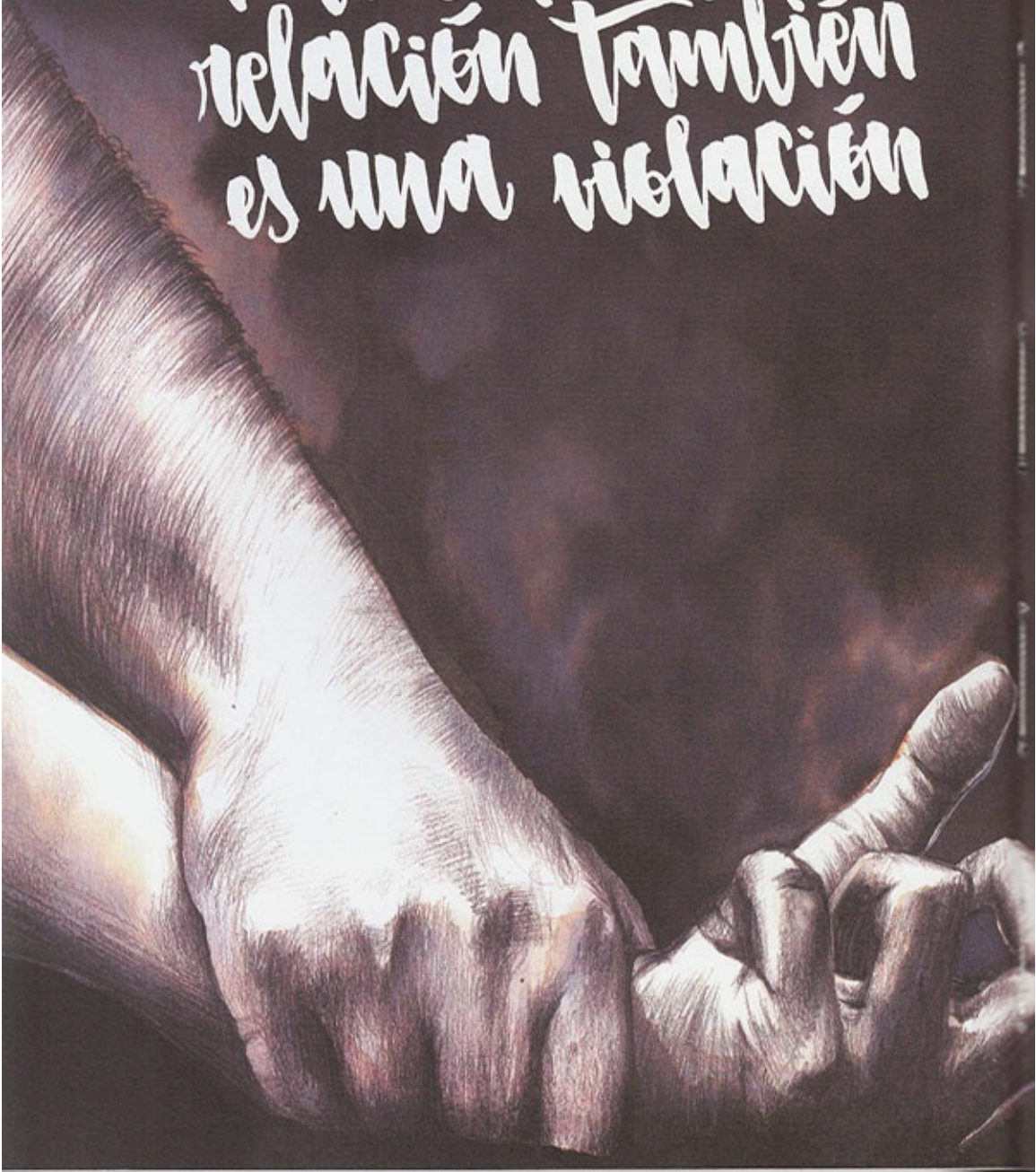


Me contó que su ex y él lo dejaron porque ella
le fue infiel repetidas veces, que lo había pasado fatal,
y ahora tenía miedo de que yo le hiciese lo mismo.

«Entiende que me preocupe que hables con otros,
tíos...», me decía.

Sus movimientos eran tan suaves y sutiles
que no me daba cuenta
de que poco a poco
me estaba
ahogando.

Una violación
dentro de una
relación también
es una violación

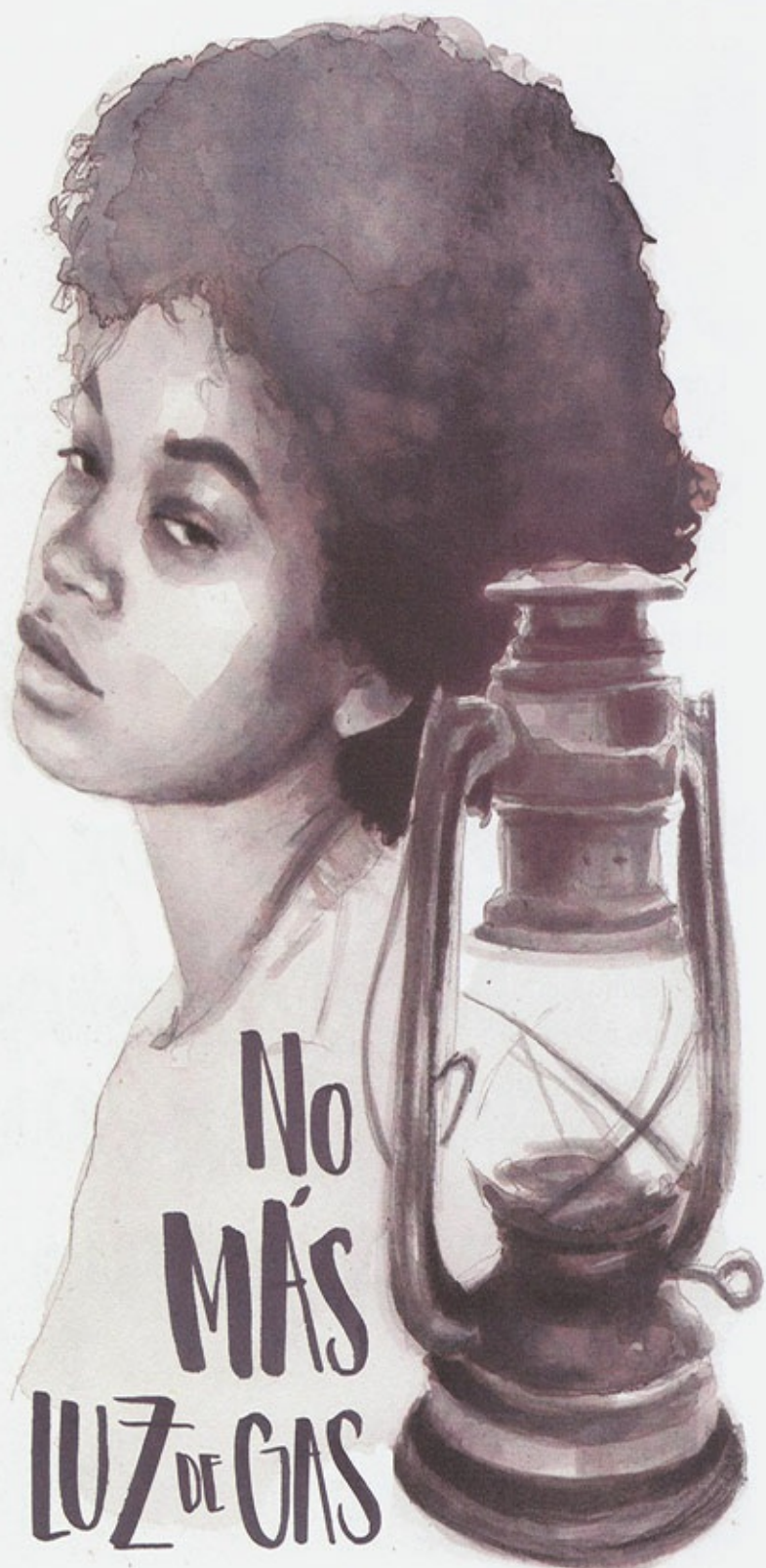




Me ridiculizaba en público y me hacía parecer **loca**
delante del resto de la gente.

Me hacía dudar de mí misma,
de lo que yo sabía que había pasado o había dicho.
Incluso llegué a pensar
que me imaginaba cosas.
Me llamaba exagerada,
decía que me montaba películas...

Las discusiones eran constantes
y me iban desgastando poco a poco.
Llegué a sentirme poco fiable e inútil,
y esto reforzaba mi dependencia hacia él.



No
MÁS
LUZ DE GAS

Las peleas se volvieron cada vez más frecuentes.
Discutíamos a **fuego**, pero luego parecía
que la reconciliación compensara lo sufrido.

En aquellas subidas y bajadas,
los valles cada vez eran más largos
y los picos de concordia duraban cada vez menos.


En una de aquellas discusiones, estando con
nuestros amigos, me empujó y caí al suelo.

Lo peor no fue
el golpe,
sino la **vergüenza** al pensar que todos
habían visto aquello.

Nadie dijo nada.

Yo solo quería irme a casa, pero él me convenció
para irnos un rato solos a taparme
con besos y caricias
y pedirme perdón.

La que acabó disculpándose
fui yo por haber empezado la discusión.



No fue la última
vez que me puso la mano
encima, pero todas las
veces acabé pensando
que me lo merecía



Una noche esperó a que me quedase dormida
para cogerme el móvil Y mirar mis conversaciones.

Vio como meses atrás había hablado con un amigo
de Londres y le había dicho que lo echaba de menos.

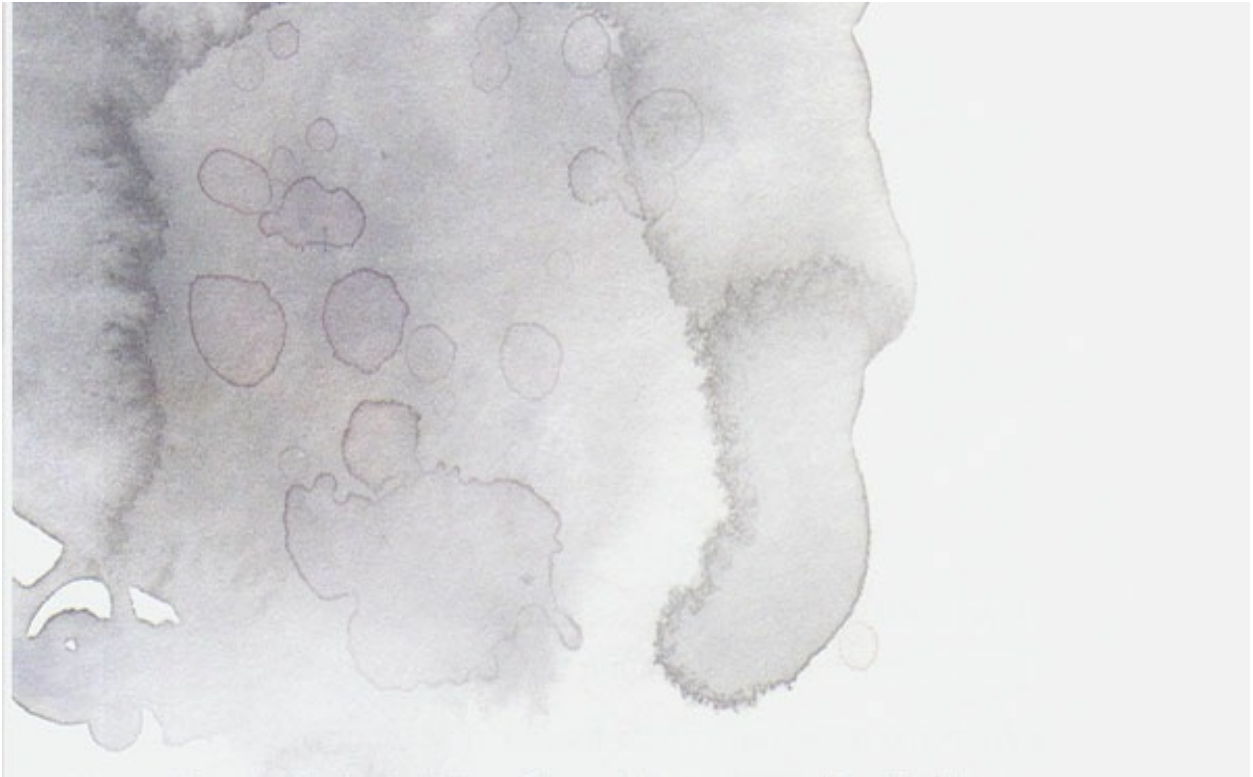
Se enfadó como nunca lo había visto enfadarse.
Efectivamente, fui corriendo a buscarlo, llorando.

Me recibió con un **bofetón**.

Y le pedí perdón.

Yo, otra vez.

Y accedí a prometer que a partir de ese momento
podría ver todas mis conversaciones.



Lo más lógico hubiese sido acabar con aquella relación, pero fuera de aquel fuerte que había construido alrededor de nosotros dos ya no quedaba nada.

Me había hecho creer de verdad que si lo nuestro se acababa, nunca nadie más querría estar conmigo; además, me había convencido de que mi familia actuaba en mi contra y que mis amigos me habían abandonado. Que solo le tenía a él.

Me ataban mil cuerdas invisibles.

Cada vez que me hacía sentir así yo notaba como si él metiera mi cabeza en un retrete, me empujara por la nuca y tirara de la cadena, y cuando me sacaba a respirar yo aun le daba las gracias por aquella bocanada de aire.



Me amenazaba constantemente con dejarme,
lo que desataba el pánico dentro de mí.

Sin él no era nada, o eso me había hecho creer,
así que me aferraba a él como al último ser vivo
en el planeta al que yo le importaría.

Usaba esta amenaza para conseguirlo todo de mí.
Me bloqueaba y desbloqueaba del WhatsApp para
demostrarme quién tenía el control. Me reñía si estaba
conectada y no era hablando con él. Me preguntaba
con quién hablaba o por qué la noche anterior me
había conectado por última vez una hora después
de desearle buenas noches.

De la noche a la mañana todo acabó.

Me dejó.

Con la excusa de haber encontrado una conversación con un chico que él no conocía en mis mensajes privados.

Me dejó, y aquella vez entendí que era la **definitiva**. A la semana siguiente supe que estaba con otra chica.



Si la persona
que más me iba
a querer en el mundo
me había dejado por otra...
¿Qué me quedaba?



Descolgué el teléfono
y llamé a la que antes del huracán
había sido mi mejor amiga.

Pensaba que después de haberla abandonado
no querría saber nada de mí, pero se alegró
de **escucharme**.

Compartimos un café que duró horas.

Y cuando yo pensaba que caía
al vacío sin freno,
ella abrió mi paracaídas.



Había pasado más de un año desde aquello.

Sonó el teléfono.

Era la chica por la que me había dejado:

«Por favor, no me cuelgues».

Noté mucho miedo en su voz.

«¿A ti alguna vez te pegó?»

Se me heló la sangre.

Mi respuesta automática fue un NO tajante.

Salió disparado de mi boca, ni siquiera me di tiempo a pensar si estaba diciendo la verdad.

«Me ha dado una **paliza**».

Me quedé sin habla, no sabía qué decirle.

Le pregunté si podía ayudarla en alguna cosa y me pidió que le contase aquello a los amigos que teníamos en común, para que supiesen quién era realmente él.







Fui retomando la confianza en mí
y reuní a mis amigos para contarles
la historia de aquella chica.

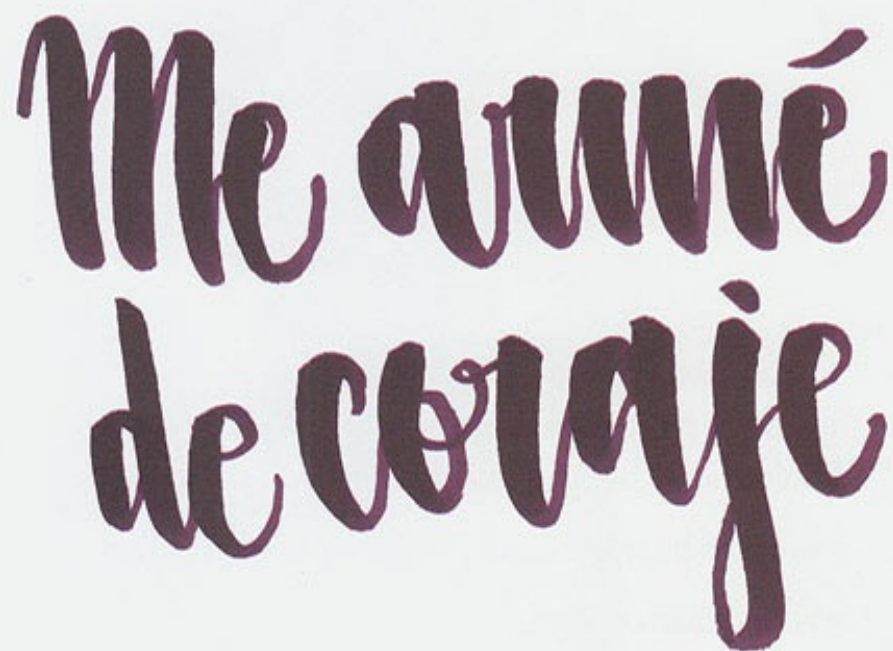
No entendí nada cuando vi que no se sorprendían.

«Ya lo hacía contigo».

Empecé a abrir cajones en mi cabeza
y a desempolvar archivos que sin querer
había escondido, para no hacerme
daño a mí misma.

Mujer **maltratada**.

No quería ni pensarlo, porque me avergonzaba.



Me asumí
de coraje

Asumí lo que había pasado y me di cuenta de que, en el momento en que aceptas qué te hacía o te hace sufrir, adquieres la capacidad de decidir si quieres combatirlo o llegar hasta la raíz del problema para cortarla e intentar asegurarte de que nunca vuelva a brotar.



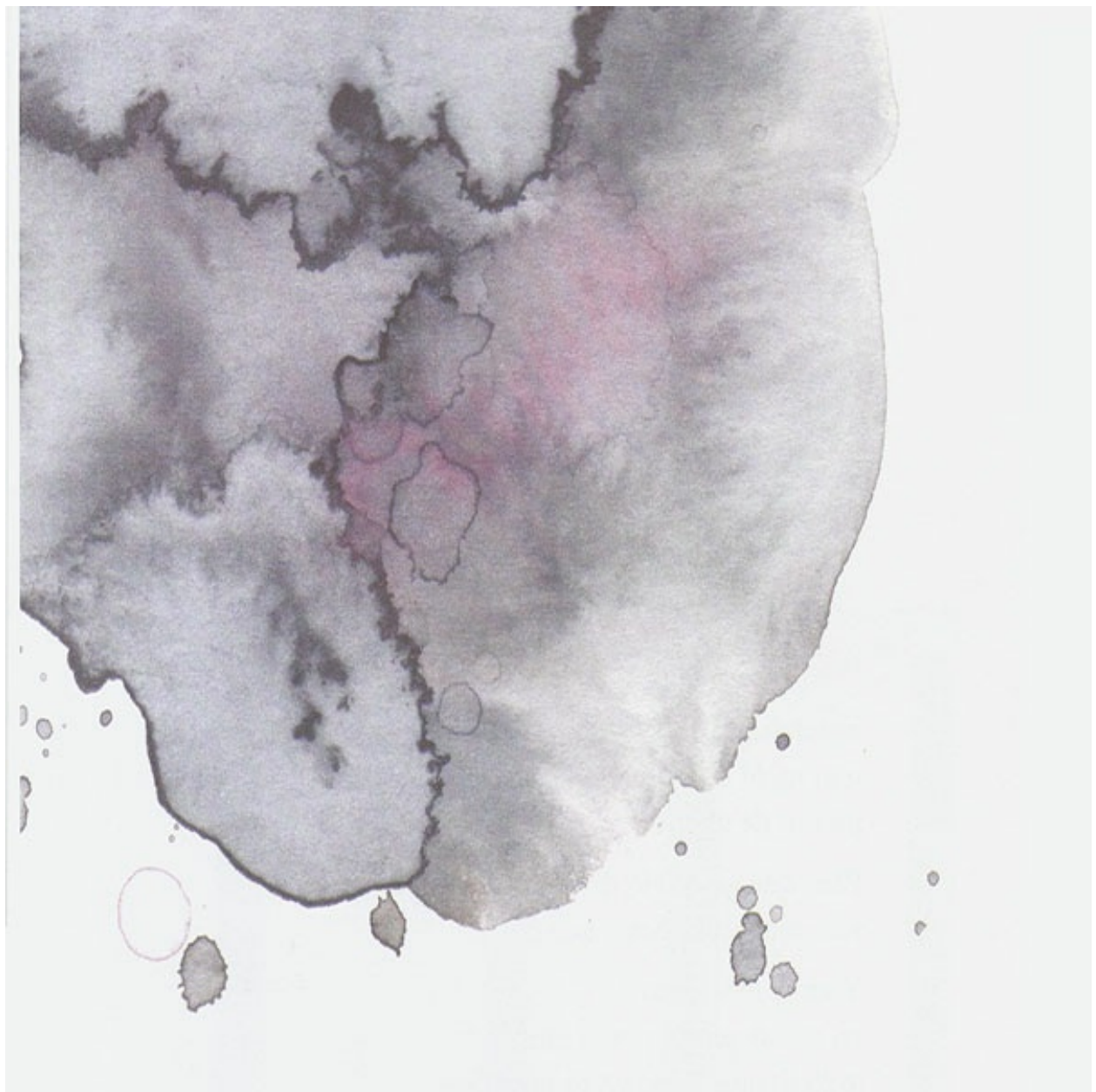




Entendí que mi vida era una mesa,
una mesa que debería haber tenido varios
puntos de apoyo.

Pero que yo había dejado que se apoyase
solo sobre una pata, que era él.

Y en el momento
en que se partió por el medio,
todo lo que había en la superficie
se vino abajo.



Parece tan lógica esta metáfora de la mesa...

Pues, aun así, volví a cometer el mismo error
de construir mi vida alrededor de otra persona.

Se rompió
el punto de
apoyo
y volví a caer
al vacío





Sentía que caía en un pozo sin fondo,
hasta que me di cuenta de que era **yo** quien
debía decidir dónde estaba el fondo de aquel pozo
y cuándo podía empezar a escalar para salir.

Volví a quedar con mis amigos,
volví a dibujar y a recuperar la magia
que me invade cuando saco lo que tengo
dentro en trazos de grafito
y manchas de acuarela.

The image shows the Spanish phrase "Yo misma" written in a dark purple, cursive script. The letters are thick and fluid, with some overlapping and decorative flourishes, particularly on the 'y' and 'm'. The background is a plain, light grey.

Me di cuenta de que la única persona que me podía hacer feliz el resto de mi vida era yo misma, así que hice las maletas y me vine a Barcelona a dibujar mi **futuro** como ilustradora.



Aprenđi



Pasé horas y horas dibujando sola.

Sola.

Siempre me había asustado la soledad,
tenía miedo.

Aprendí a tener conversaciones conmigo misma,
a entenderme y a preguntarme
qué quería o qué necesitaba.

Yo. A mí.

" Si estudias
BELLAS ARTES
no tendrías
ninguna
salida
profesional "



Fue un mantra que escuché tantas veces antes
y durante el transcurso de mis estudios artísticos.

Como cuando vas caminando por la calle
y alguien opina sobre tu físico sin habérselo pedido,
mucha gente se tomó la libertad de **opinar** sobre
mi vida y mi futuro.

Sin habérselo pedido, claro.

Con una actitud paternalista,
como queriéndome proteger.



No me privas del vuelo,
ofréceime ayuda
para levantarme
si alguna vez caigo

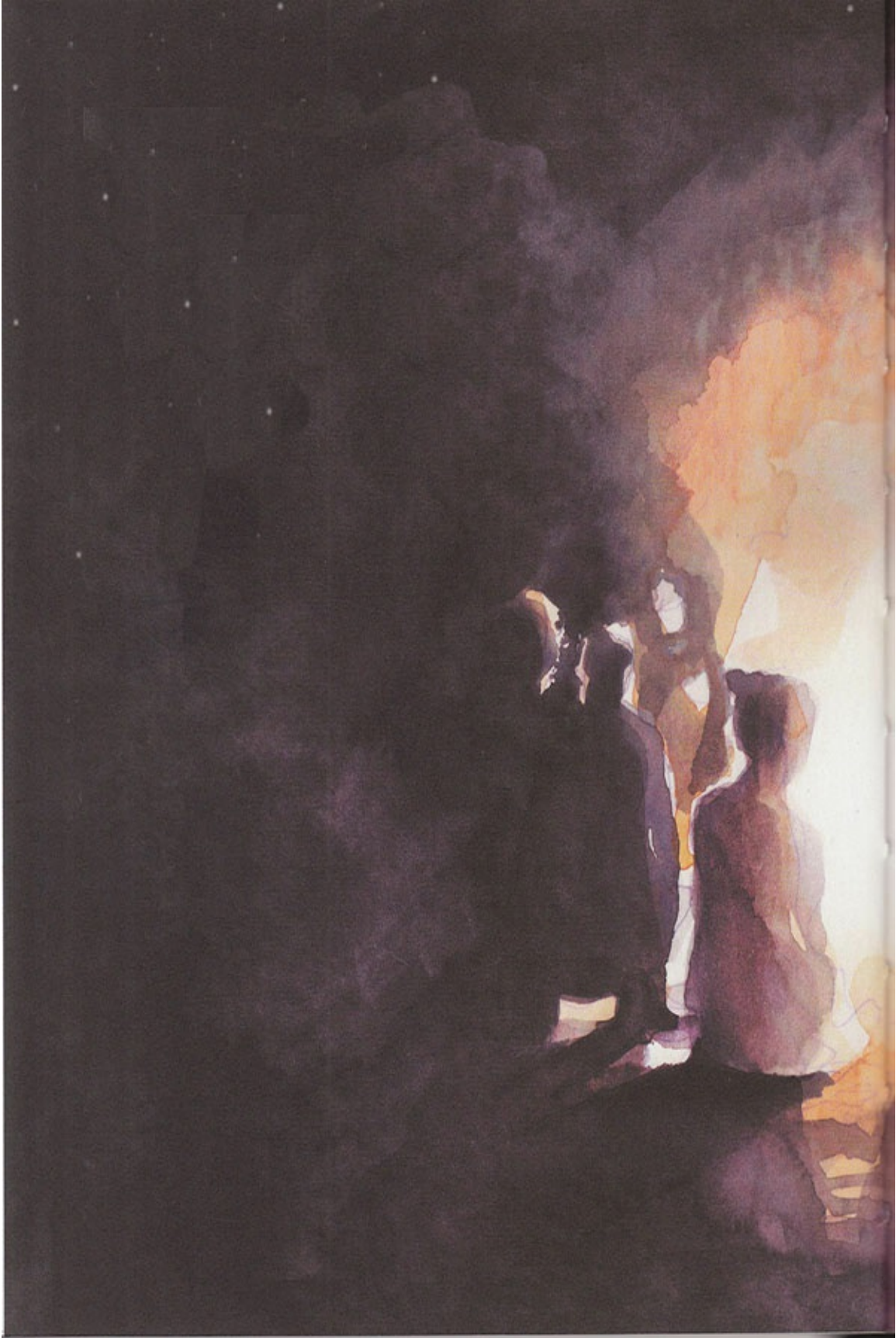


¿Protegerme de qué?, ¿de intentar cumplir mis metas?
Quizá no lo hiciesen con mala intención,
pero herirle las alas a alguien por si al alzar el vuelo
se cae nunca me ha parecido justo.

No me prives del vuelo, ofréceme ayuda
para levantarme si alguna vez caigo.

A los pocos ánimos que me daban se sumaba
el ínfimo porcentaje de referentes femeninos que
estudiaba en Historia del Arte. Aquel tiempo sola
en Barcelona, al contrario de lo que se pudiera
esperar, me cambió por completo.

Me llené de fuerzas para apostar por mí misma
y levantarme contra viento y marea para demostrarle
al mundo que, si me lo proponía y dependía de mí,
podía conseguirlo.







The image shows a piece of white paper with handwritten text in dark purple ink. The text is arranged in three lines: 'Hablamos' on the top line, 'por primera vez' on the middle line, and 'de FEMINISMO' on the bottom line. The word 'FEMINISMO' is written in all caps and is significantly larger and bolder than the other words. The handwriting is a cursive, slightly slanted style.

Hablamos de las ataduras de los cánones estéticos,
hablamos de las exigencias sociales por el hecho de ser mujeres,
hablamos del tabú de la regla, de la violencia machista
que a todas nos había herido de alguna manera.

Lloramos, nos abrazamos y nos aconsejamos.

Hablamos por primera vez de **feminismo**.

Y una de ellas habló del nombre del paraguas
que abarca todas estas violencias: el **patriarcado**,
y por fin supe que aquella bestia invisible que me había
atormentado durante toda mi vida era real
y no solo me había intentado destruir
y controlar a mí,
sino a todas.



Sororidad

Con decenas de títulos de libros que nos habíamos recomendado guardados en las notas del móvil, cogí un bus hacia casa.

La sensación con la que me fui a dormir aquella noche es difícil de explicar. Estando sola me sentí más acompañada que nunca. Los libros que horas después empezaría a devorar me hablaron de aquella misma sensación, la de apoyo y hermanamiento, la de lucha conjunta contra los monstruos de una y de todas.

Me hablaron de la **sororidad**.

Leía sobre feminismo y cada párrafo me hacía más libre. Me di cuenta de cuántas mujeres antes que nosotras se alzaron en contra de las opresiones que intentaban limitar sus vidas. Desde las mujeres libres que fueron consideradas brujas y condenadas a la hoguera, pasando por las tres olas, hasta el tsunami de nuestros días.

Leí sobre afrofeminismo, transfeminismo e interseccionalidad; sobre muchas luchas justas dentro de una sola. Pero no solo leí, también escuché a amigas, a integrantes de asambleas y me sentí parte de un todo con un enemigo muy claro a abatir.

Estos son los libros que me empoderaron, que me dieron alas para volar y fuerza para luchar.

LIBROS RECOMENDADOS

- FEMINISMO PARA PRINCIPIANTES de Nuria Varela
- EL FEMINISMO ES PARA TODO EL MUNDO de Bell Hooks
 - FEMINISMO DE BOLSILLO de Bel Olid
- EL PATRIARCADO DEL SALARIO de Silvia Federici
- TODOS DEBERÍAMOS SER FEMINISTAS de Chimamanda Ngozi Adichie
 - UNA HABITACIÓN PROPIA de Virginia Woolf
 - MUJERES, RAZA Y CLASE de Angela Davis
 - AMOR Y ASCO de Sita Beki
 - EL SEGUNDO SEXO de Simone de Beauvoir
 - CALIBÁN Y LA BRUJA de Silvia Federici
- CURSO DE FEMINISMO PARA MICROONDAS de Natasa Fourné

No solo
decidí dejar
de sufrir, sino
que quise luchar
contra esto



Escuché sobre gordofobia.

Y lloré.

Lloré por entender que la peor gordofobia que yo había sufrido la había sufrido de mí hacia mí misma.

Pensé en las veces que me había castigado y me había odiado. Las veces que mi reflejo me había avergonzado en el espejo del baño. Y por fin tuve la capacidad, al saber claramente qué me asfixiaba, de decidir si quería liberarme de aquellas ataduras.

Y quise. Y me quiero.

Y no solo decidí dejar de sufrir por esto, sino luchar contra ello.

Quien alguna vez me dijo que «me sobraban unos kilitos» y que lo decía «por mi salud» nunca se preocupó por mi salud realmente. ¿Qué hay de mi salud mental? ¿Del daño que ese comentario puede hacerme?

Mi salud es cuestión mía y de mi médico, y si por algún motivo tuviese que adelgazar alguna vez, no tengo por qué odiarme antes ni durante ese proceso.

Volví a reflexionar sobre los cánones estéticos.

Me pregunté si cuando había ido a depilarme,
cuando me había maquillado
o cuando me había vestido de cierto modo,
lo había hecho porque realmente quería
o por lo que se esperaba de mí.

Y me sentí libre,
libre de elegir a partir de ese momento,
de elegir sobre mi cuerpo y mi imagen.
De hacer todo o no hacer nada,
pero de hacerlo por mí y para mí.

ly me
senti libre

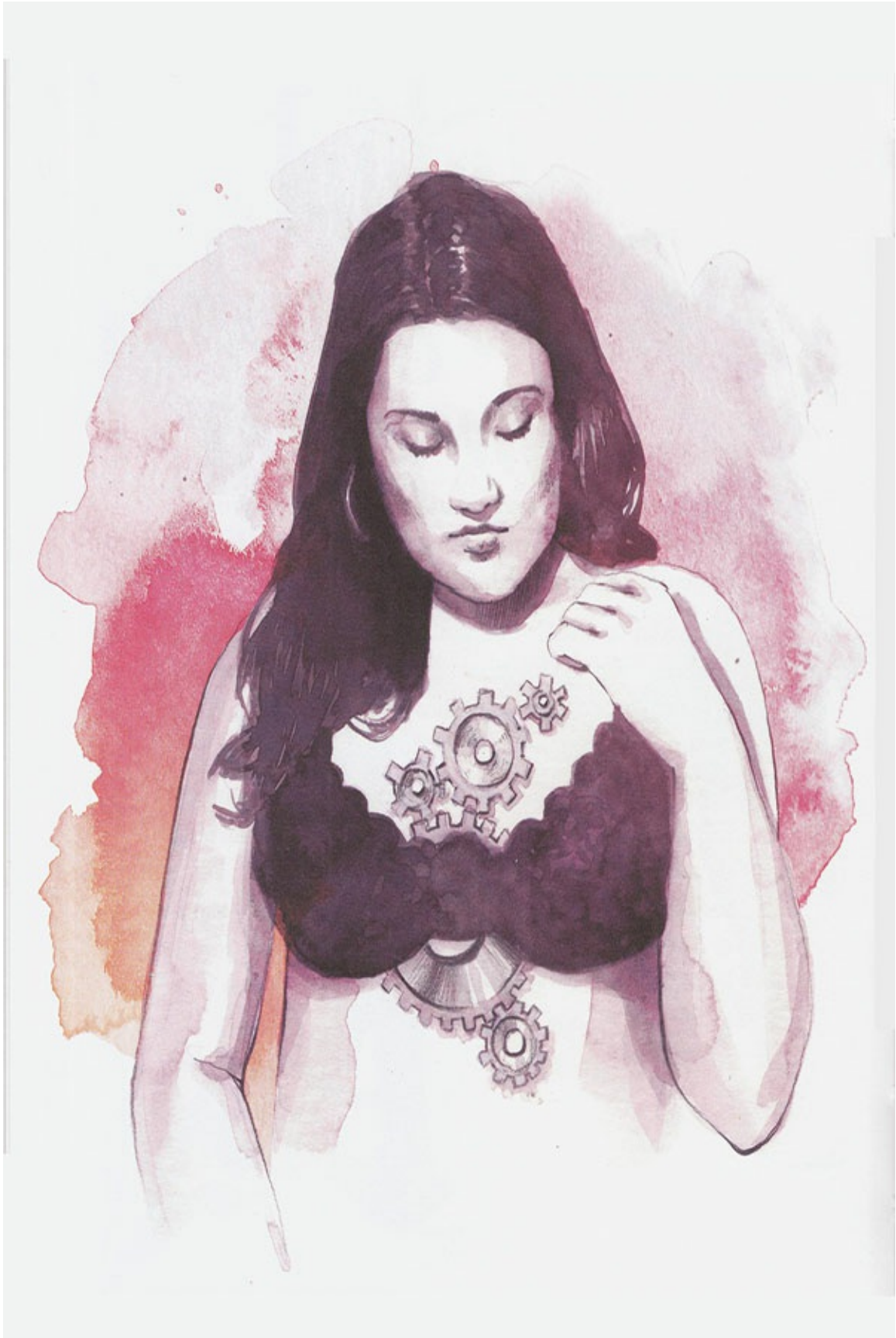
Juntas
podemos contra
eso y más



Nos quieren enfrentadas entre nosotras, pero ahora hemos identificado al enemigo y sabemos que juntas podemos contra eso y más.

Caí en la cuenta de cuántas veces había criticado a otras mujeres. Hablamos de la violencia machista y me di cuenta de cuantísimas mujeres hemos sido víctimas de nosotras mismas, aun sin saberlo.

Entendí que el sistema heteropatriarcal nos quiere débiles, dóciles, sumisas y dependientes. Fui consciente de que la violencia de género tiene una base sociocultural que la respalda, y que la única solución es acabar con ella desde la raíz, desde la educación, la concienciación y la lucha compartida, no solo los días señalados, sino en el día a día.



The image shows a piece of paper with handwritten text in a dark purple or maroon ink. The text is written in a cursive, calligraphic style. The first line reads 'Sin deconstrucción no hay' and the second line, in larger, more blocky capital letters, reads 'REVOLUCIÓN'. The background is a light, slightly textured grey.

He aprendido mucho,
pero me queda muchísimo por **aprender**.

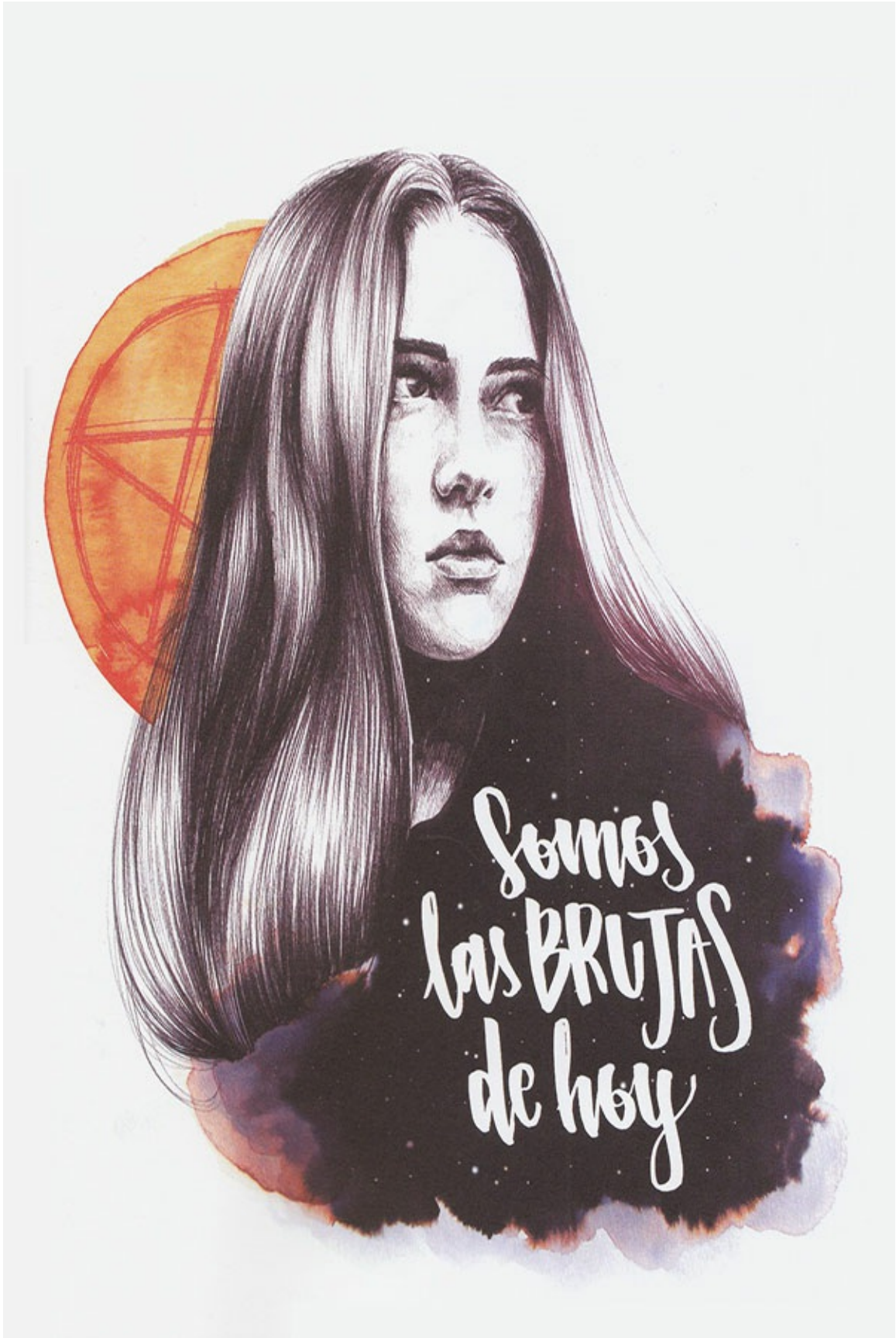
Esta lucha empieza por la deconstrucción
de una misma, y yo aún tengo muchas cosas
que cambiar de mí.

Tengo interiorizados muchos pensamientos,
costumbres y actitudes machistas que,
poco a poco, voy identificando para
poder acabar con ellos.



Ahora puedo decir convencida
que he decidido unirme
al aquelarre de brujas que vuelan sin escoba,
a las que molestan,
las que saben más de la cuenta,
las que se cuestionan la sociedad
conforme está construida.

Hemos sido atacadas y perseguidas
durante toda la historia;
pero cuidado,
porque estamos aprendiendo
a controlar
el fuego de la hoguera.



Somos
las BRUJAS
de hoy



Ahora puedo decir convencida
que he decidido unirme
al aquelarre de brujas que vuelan sin escoba,
a las que molestan,
a las que saben más de la cuenta,
a las que se cuestionan la sociedad
conforme está construida.
Hemos sido atacadas y perseguidas
durante toda la historia;
pero cuidado,
porque estamos aprendiendo
a controlar
el fuego de la hoguera.





Me llamo Ame Soler, soy valenciana y tras el proyecto Tres Voltes Rebel se esconde una niña que soñó desde siempre dedicarse al dibujo y a día de hoy aún sigue sin poder creer que se dedica a ello.

AME SOLER ilustra desde que tiene recuerdo. Estudió Bellas Artes y así mejoró su talento innato. Su proyecto reivindicativo, Tres Voltes Rebel, combina el retrato y la música con un claro mensaje feminista y de denuncia social.

Actualmente cuenta con más de 85.000 seguidores en Instagram y sus ilustraciones recorren las manifestaciones feministas de nuestro país.